

Un saber histórico para el futuro

A modo de epílogo

Lothar G. Knauth

Hace ochenta años, en 1929, Jan Huizinga (1872-1945)¹, que había editado una década antes su clásico *Otoño de la Edad Media*², ponderó lo que sigue:

Para nosotros, tanto la antigüedad clásica –descifrada y vuelta a descifrar una y otra vez– como el Oriente antiguo y moderno, es decir las culturas primitivas del mundo entero, se han convertido, gracias al conocimiento que de ellas tenemos y a la comprensión de su sentido con que las acogemos, en parte integrante de nuestra propia formación cultural en un sentido mucho más profundo y esencial de lo que nosotros mismos sabemos la mayor parte de las veces.

El pasado de nuestra cultura es hoy, por vez primera, el del mundo; nuestra historia es por vez primera una Historia Universal.³

Con otros historiadores europeos de su época, Huizinga fue miembro de una vanguardia europea que interpretó los procesos históricos. De ella, Leopold von Ranke (1795-1886)⁴, en la primera mitad del siglo XIX, había sido uno de los pioneros en establecer pautas definitivas para la historia como disciplina académica (*Geschichtswissenschaft*). Luego, Wilhelm Dilthey (1833-1911)⁵, al enfatizar una heurística había mantenido que todo aprendizaje debe ser considerado a la luz de la historia misma y, de faltar

-
1. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Johan_Huizinga (Consulta: 05/03/10.)
 2. Jan Huizinga, *Herbst des Mittelalters*. Studien über Lebens und Geistesformen des 14. und 15. Jahrhunderts in Frankreich und in den Niederlanden. München, 1919. (Tilli Jolles-Mönckeberg tr.)
 3. *Ibid.* “En torno a la definición del concepto de Historia”, en *El concepto de la historia y otros ensayos*. México, 1946 (Wenceslao Roces, tr.)
 4. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Leopold_von_Ranke (Consulta: 05/03/10.)
 5. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Wilhelm_Dilthey (Consulta: 05/03/10.)

esta perspectiva, los actos por conocer y entender quedarían como ejercicios truncados. Para contrarrestar una posible hegemonía de interpretación positivista —a raíz de una “física de la sociedad” de los tempranos sociólogos encabezados por Auguste Comte (1798-1857)⁶— neokantianos como Wilhelm Windelband (1848-1915)⁷ y Heinrich Rickert (1863-1936)⁸ reconsideraron el problema de la historia al postular una división tajante entre ciencias naturales y ciencias del espíritu.

El joven Arthur Schopenhauer (1788-1860)⁹, a los treinta años, concibió el mundo como una manifestación de la voluntad y de la representación¹⁰. Friedrich Nietzsche (1844-1900)¹¹, quien valoró a Schopenhauer como preceptor, abrió nuevas perspectivas al postular una división tripartita de la historia, es decir, monumental, anticuaria y crítica. Como un ejercicio de la última, y dentro de la tradición schopenhaueriana, en 1918 apareció el *Ocaso de Occidente*¹² de Oswald Spengler (1880-1936)¹³.

El año 1918 marcó el fin de la Primera Guerra Mundial, la desaparición de cuatro monarquías e imperios tradicionales, y presencié el surgimiento de la ideología como elemento definitorio de las trincheras culturales asumidas masivamente. Antes, una búsqueda de “el motor de la historia” en la acción de las masas o en las motivaciones de los individuos, había conducido a Karl Marx (1818-1883)¹⁴, sesenta años antes, a la redacción de las tesis sobre el potencial de productividad y violencia en el nuevo sistema industrial, las cuales expuso en el *Manifiesto Comunista*. Si Marx y Friedrich

6. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Auguste_comte (Consulta: 05/03/10.)

7. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Wilhelm_Windelband (Consulta: 05/03/10.)

8. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Heinrich_Rickert (Consulta: 05/03/10.)

9. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Arthur_Schopenhauer (Consulta: 05/03/10.)

10. *Die Welt als Wille und Vorstellung*. En alemán la palabra “*Vorstellung*” tiene la acepción de “imaginación”, pero también de “concepto” e “idea”. Véase <http://www.ideasapiens.com/textos/Filosofia%20dc/elmundocomovolyrepresent.%20schopenhauer.htm>.

11. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Friedrich_Nietzsche (Consulta: 05/03/10.)

12. *Der Untergang des Abendlandes. Umriss einer Morphologie der Weltgeschichte*. Viena, 1918. Demostró la dificultad de rendir el significado multifacético de “*Untergang*”, una metáfora en alemán que significa tanto naufragio como ocaso, pero no necesariamente la acepción “decadencia”.

13. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Oswald_Spengler (Consulta: 05/03/10.)

14. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Karl_Marx (Consulta: 05/03/10.)

Engels (1820-1895)¹⁵ habían postulado la lucha de clases como una de las causas del cambio social y político en los procesos históricos, Vladimir I. Lenin (1870-1924)¹⁶ se abocó a su manejo mediante la organización partidista y utilizando las confrontaciones endémicas al imperialismo.

Sobre los cadáveres de las monarquías nacieron movimientos populares que blandieron las banderas de la identidad popular de clase o de nación y de raza, para postular una posible *regeneratio imperii*. En ese contexto José Ortega y Gasset (1883-1955)¹⁷ escribió, en 1930, su *Rebelión de las masas*, al cual siguió, ocho años después, la publicación de *Homo ludens* de Jan Huizinga; ambos advirtieron las realidades y las posibles patologías inherentes en tales excesos, hechos posibles gracias a las capacidades de movilización del sistema industrial y del Estado-nación.

La crítica marxista no se limitaba a los discursos políticos y menos aún era sólo útil como camisa de fuerza dogmática, así lo demostraron Marc Bloch (1886-1944)¹⁸ y Lucien Febvre (1878-1956)¹⁹, a partir de 1929, con el inicio de la publicación de los *Annales d'histoire économique et sociale*.²⁰ Fue el principio de la transformación de la historia universal académica en ejercicio declaradamente polémico y multidisciplinario.

EL PROBLEMA DE UNA “HISTORIA UNIVERSAL”

Los historiadores de nuestro tiempo que toman “la antigüedad clásica” como el “Oriente antiguo y moderno”, como “culturas primitivas del mundo entero”, tal como lo señaló Huizinga, pecan muchas veces de optimistas al pensar que el pasado de nuestra cultura se había convertido en el “del mundo”. De hecho, cada cultura es parte de las faenas del hombre y como tal son “patrimonio de

15. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Friedrich_Engels (Consulta: 05/03/10.)

16. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/V.I._Lenin (Consulta: 05/03/10.)

17. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/José_Ortega_y_Gasset (Consulta: 05/03/10.)

18. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Marc_Bloch (Consulta: 05/03/10.)

19. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Lucien_Febvre (Consulta: 05/03/10.)

20. *Annales d'histoire économique et sociale*, llamados después de 1945 *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, y a partir de 1994, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Escuela_de_los_Anales (Consulta: 05/03/10.)

la humanidad”, aunque éste sólo haya sido así concebido recientemente y proveído con el necesario respaldo institucional y publicitario.

Por hegemonía cultural y costumbre, los procesos históricos del área Mediterránea y tierras aledañas se volvieron “una historia universal”, pero el problema arranca del concepto mismo: de una parte puede significar “cosmopolita, mundial y generalizada”, pero también puede referirse sólo a patrones de actores en “su propio universo”, el de una clase o aun de una ecúmene. Además, por recurrir siempre a nuestras propias trayectorias históricas, existe la tentación de decir ¿por qué no insistir en nuestra identidad como prioritaria cuando la historia del mundo se nos presenta con demasiadas auto-sincretías? Lo anterior sin considerar las dificultades para manejar bibliografías en idiomas y letras desconocidos.

Pero ya que la problemática de nuestra existencia futura abarcará cada vez más sectores de la humanidad, cualquier problema de análisis histórico requiere la capacidad de poder indagar, al menos en potencia, cualquier proceso que ha involucrado al hombre. Esto significa que tenemos que tomar muy en serio las lecciones derivadas del estudio de los procesos de la historia mundial. No obstante, las diferentes micro y macro perspectivas, y los enfoques relativos a diferentes intervalos de periodización, establecerán desde luego requisitos específicos de especialización.

Frente a este estado de cosas hay necesidad de medios de orientación, del ejercicio de la capacidad analítica y la voluntad de poner en juego nuestra imaginación. El saber histórico —como cualquier otro conocimiento adquirido— no puede prescindir del impulso creador y desarrollar la habilidad de pensar históricamente, lo que implica la disposición para asumir un compromiso existencial con esta tarea.

Como en todas las ciencias sociales, en la historia no procede una separación tajante entre observador y objeto observado. El profesional o estudiante de la historia es al mismo tiempo observador y objeto de observación, analista y objeto de análisis, productor y producto de procesos, tan dialécticos como polifacéticos, ya que cada persona es el producto de su sociedad y cada sociedad, y aun cada fenómeno, el producto de sus procesos históricos. Pensamos históricamente. Lo hacemos cada vez que buscamos nuestras propias razones existenciales, nuestra comunidad, nuestro país, América Latina o el mundo de hoy.

El hecho es que por lo común no sabemos ser sistemáticos en examinar los procesos que nos han llevado al estado actual. Lo memorable para un estudiante sin entrenamiento en la historia como disciplina académica, son los episodios repletos de fechas que se han vuelto lugares comunes —o meros rompecabezas—, símbolos patrióticos trillados o chismes: son datos que nos hacen sentir a gusto cuando los memorizamos, pero no nos hacen razonar y mucho menos promueven la adquisición de un caudal de conocimiento que nos lleve a nuevas fronteras del saber histórico. Por vocación, la tarea del historiador es manejar la técnica de reconstruir los parámetros de una situación compleja o de un proceso singular, usando todos los datos acerca de las manifestaciones del pasado disponibles. Sin estos “datos” —ya sean documentos o monumentos— no hay historia. Sin embargo, ya que se necesita, además, un esfuerzo de pensar e imaginar para ordenar todas esas manifestaciones, podemos reiterar que la historia tampoco puede existir sin pensamiento y sin esfuerzo creador.

Así que la finalidad primordial del proceso de enseñanza-aprendizaje de la historia mundial es que el estudiante desarrolle la habilidad de pensar históricamente, lo que equivale a conocer con precisión y a entender procesos complejos. Logrado esto, la elevación de la conciencia —que hace posible tal proceso de enseñanza-aprendizaje— es mera consecuencia.

Un cuidadoso inventario y riguroso análisis del acontecer histórico nos proporcionará, cada vez más, resultados de investigaciones particulares que nos ayudarán a completar nuestro conocimiento de la faena humana, con la promesa inherente de proporcionarnos nuevas y tal vez más significativas interpretaciones. Siguiendo a Ortega y Gasset, pienso que en la vida, que es historia en última instancia, cuenta más el *haciéndose* que los fríos hechos:

Así como un filósofo-científico no acepta una nueva cosmología antes de analizarla con los últimos adelantos alcanzados, al igual el historiador moderno debe utilizar todo el material histórico, sociológico, psicológico, así como toda clase de documentación informativa, para tratar de llegar a conclusiones modeladas lo más posible por la realidad, sin atender a los prejuicios de las teorías existentes. Por supuesto que, al no ser la historia una ciencia exacta, será difícil comprobar la validez última de las visiones históricas. Eso atañe a la naturaleza misma del estudio histórico; mientras que a la[s] ciencia[s] naturales] le preocupan los fenómenos repetitivos, el

fenómeno histórico es siempre un evento singular y único, ocurrido ante la concurrencia de condiciones multifacéticas especiales.²¹

En consecuencia, se hace necesaria una visión que reconozca la extrema complejidad del fenómeno histórico; pero que, sin satisfacerse con tal reconocimiento, siga con la elaboración de nuevas generalizaciones válidas respecto de aquellos fenómenos y sus actores importantes —que podríamos llamar catalíticos— ya que son los que dan ímpetu e inciden decisivamente en el ocurrir histórico. Tal actividad constituye un empeño que investiga sin tabúes las manifestaciones concretas y auténticas de los actos del hombre y presupone, también, una sensibilidad empática que no se sorprende ni permanece indiferente ante ninguna forma de manifestación humana.

En fin, cualquier instante es histórico: el momento que experimentamos, el que apenas pasó, aquél de hace dos o dos millones de años, como histórico será el instante que aún no llega y que sucederá. Hoy como ayer, y sobre todo en el futuro, nuestra concepción del mundo deberá afirmar la historicidad innata de cada experiencia humana. El hombre es su historia.

21. Lothar G. Knauth, “El problema de una nueva visión histórica”, en *Anuario de Historia*. México, UNAM, Facultad Filosofía y Letras, 1961, año 1, p. 262.